



La etnología araucana en el Poema de Ercilla

POR

TOMAS GUEVARA

(Continuación)

CAPITULO IX

La lengua.

Ingrata i espinosa tarea ha sido siempre tratar asuntos científicos cuando van a estrellarse contra prejuicios que, a fuerza de repetirse tanto, han entrado en gran parte de la opinión común a los lindes de los hechos reales. Pero, los problemas de cualquiera ciencia, cuando se cultiva con intención seria i ecuanimidad deliberada, no pueden plantearse con

datos de las leyendas sino con hechos bien comprobados. La historia que se construye con materiales de leyendas tendrá que resultar falsa e inestable.

Estas leyendas surgen de la conciencia de un pueblo, que las ha sentido durante varias generaciones i las ha repetido por la tradición oral, como las del valor nunca doblegado del chileno i las de actividades bandoleras, o bien han sido impuestas por autores extranjeros o nacionales, como la de Joaquín Murieta, de los últimos, aventurero chileno, audaz i luchador en los lavaderos de California. Cuando los primeros las han formado, la masa anónima no las ha repetido ni las conoce siquiera; es en la porción más letrada en la que han arraigado, bien por la lectura, bien por comunicación en las aulas o en los discursos i conferencias.

«La Araucana», cuyos pormenores de crónica i de topografía son de una exactitud innegable, contiene en cambio episodios tan falsos i distantes de la verdad etnológica, que, examinados con verdadero espíritu científico, hai que clasificarlos entre esas leyendas impuestas con el valor de realidad. A tal grupo corresponderían los accesos de ira espartana de Fresa, los amores de Tegalda i Guacolda, las virtualidades superiores, ajigantadas hasta lo sublime, de Caupolicán i Lautaro; la grandeza moral de Galvarino, Rengo i Colocolo, la oratoria grandilocuente de los indios, que no era más que la impresionabilidad auditiva de todas las colectividades americanas; la eficiencia guerrera, incomparable i única de los araucanos, i tantas otras creaciones que no agregamos a éstas para no recargar la enumeración i que han bro-

tado bajo el poder artístico del poeta i aparecen atraentes por la fuerza sugestiva del ritmo.

No es una obsesión pueril contra el poema de nuestra conquista lo que nos estimula a poner notas negativas al margen de muchos de sus pormenores, sino el deseo más elevado de rectificar la persistente creencia, ya que a ello se nos ha obligado, de que constituye una fuente de etnología araucana que debe mirarse con respeto. I para acumular demostraciones que pueden parecer a los apasionados fatigosos análisis, hemos tenido que reunir una gran cantidad de datos, aprovechar las opiniones de autores antiguos que conservan en lo substancial el mismo valor que cuando escribieron, trasportar al pasado los hechos de observación del tiempo presente.

Mientras más hemos estendido la aplicación de este método, más clara se nos ha hecho la percepción de lo verdadero i aprovechable que encierra la crónica rimada i de lo que tiene de falso i endeble para la etnología.

Tampoco es animosidad contra nuestros indígenas, como han creído algunos, el rigor de las investigaciones en cuanto a ellos se refiere, pues, con muchos mantuvimos i aún conservamos buenas relaciones de amistad. Un estudio de raza que se concreta únicamente a los defectos o a las ventajas de un grupo étnico, resulta incompleto i fragmentario como observación psicológica, espuesto a la severa crítica moderna. No cabe, pues, un criterio tan errado en investigadores sinceros; que no se dejan llevar por pasiones de escuela o por teorías científicas improbables.

Se nos han hecho observaciones de que nuestros

estudios etnolójicos amenguan ciertos ideales que han sido hasta hoi el orgullo de los chilenos, tales como el de nuestra procedencia jenuinamente araucana i el de la **potencia** guerrera de nuestros aboríjenes. La sangre araucana abundante en las venas del pueblo chileno, se dice, ha sido el jermen de nuestro valor i de nuestra virilidad. Estozar las figuras de Caupolicán i Lautaro es dar al pueblo modelos de fuerza i enerjía.

Los estudios científicos, siendo la espresión de la realidad, no amenguan lo que se tiene por ideal o aspiración de un país, porque eso no se cristaliza en la conciencia nacional i, al contrario, se renueva mui seguido con el cambio de los tiempos. A las viejas persuaciones i problemas, aquí i en todas partes, reemplazan otros que reflejan estados sociales de actualidad, como los de un orden económico, de mejores i más positivas ventajas para el hombre; el de adquirir la superioridad en el perfeccionamiento intelectual, tanto en ciencias como en literatura i artes; el de llegar a una organización política e industrial que atraiga personas i capitales extranjeros; el de establecer una democracia verdadera en todas las instituciones; mejorar la hijiene pública, que guarda estrecha unión con la salud i la vida de los habitantes de las grandes ciudades; asegurar la libertad civil en las diversas manifestaciones consagradas por el progreso de la época en que vivimos. Todo esto significa la renovación del alma nacional.

No dependen la enerjía i la vitalidad del pueblo chileno de su descendencia de Caupolicán i Lautaro, lo que parece inverosímil, sino de otras causas más

ciertas; hemos perdido la fe de este ideal por estrecho i falso.

Se comprende que no haya inconveniente en que se inflame el entusiasmo del pueblo i de la juventud en escuelas i colejos con tradiciones vanidosas; pero los estudios superiores deben someterse rigurosamente a la crítica científica i seca.

Tendremos, pues, que seguir sometidos a este método imparcial, libre de leyendas patrioterias, en nuestra tarea de establecer las diferencias que existen en las tres clases fundamentales de hecho psicológicos de las dos razas, o sea en la sensibilidad, en la inteligencia i la voluntad.

Este ha sido, por otra parte, el método que han seguido en el pasado siglo i en el presente los grandes cultivadores de las ciencias, con un talento analítico i sintético que no estaban en aptitud de alcanzar los antiguos.

Siguiendo este plan, obligáenos ahora la armonía del conjunto, a emprender un breve estudio comparativo de las lenguas, de la guerra i de la raza.

)Nadie ignora que las lenguas de las sociedades incultas se apartan notablemente de las que hablan las sociedades evolucionadas, tanto en la contextura como en el vocabulario. Estudios recientes han escudriñado, además, el fondo lójico que distingue a unas i otras i ahonda más sus diferencias.

En efecto, la naturaleza propia de los conceptos de las últimas, contribuye a que el pensamiento sea homogéneo i se desenvuelva con una regularidad ordenada. En resumen, se construyen los pensamientos con materiales lójicos que se eslabonan en series para ser manifestados según las reglas de la elocución.

Como queda repetido en páginas precedentes, las operaciones mentales no se realizan en el indíjena con igual ni siquiera con parecido mecanismo lójico. Así, sus jeneralizaciones se distinguen por su forma orijinal, resultante de sus representaciones colectivas, tan diferenciadas de las nuestras. Los conceptos jenerales del indio se hallan marcados por un sello, que falta a los nuestros, lo prodijioso. Si piensa en lo que son el mar, un volcán, el águila i la noche, las imájenes que concibe de estos objetos no se asemejan a las del europeo sobre las mismas cosas. Se representa la noche como una sombra mui densa i propicia a las apariciones terroríficas de los brujos, los espíritus de los muertos, los mitos antropomorfos o zoomorfos.

La idea matriz del indíjena era adherir un principio o una propiedad misteriosa a muchos objetos activos como el viento, el trueno, la lluvia i a otros pasivos o resistentes como la roca, la tierra, etc. A este principio activo de todo lo que llevaba un sello de misterio, de oculto i temible, correspondía sin duda la designación de espíritu en el lenguaje de los aboríjenes. Este mismo principio, este agente invisible pero concreto, cuando ejercía acción nociva sobre los hombres, correspondía también al concepto de la potencia destructora, causa de todos los males, que fué común con diferente nombre; a la totalidad de las colectividades indíjenas de América i que los araucanos designaron i designan todavía con el término *wekufü*.

Las otras operaciones de actividad intelectual, como la abstracción i la asociación, se desarrollaban asimismo dentro de los moldes propios de la menta-

lidad del indio, que no ordenaba sus conceptos ni se detenía en las propiedades externas de los objetos i de los seres tanto como en las portentosas i jeneradoras del miedo.

Uno de los investigadores que más han profundizado los estudios acerca de la característica mental de los indígenas, dice a este respecto: «Es así que la mentalidad de las sociedades inferiores no dispone de este material (del lógico). Posee correctamente un lenguaje, pero cuya estructura, en jeneral, difiere de la de nuestras lenguas. Admite bien representaciones abstractas i jenerales, pero ni esta abstracción ni esta jeneralidad son las nuestras. En lugar de estar rodeadas de una potencialidad lógica, esas representaciones se empapan, por decirlo así, en una atmósfera de potencialidad mística. El campo de las representaciones carece de homogeneidad, i, por esta razón, la jeneralización lógica propiamente dicha i las operaciones lógicas sobre los conceptos permanecen impracticables. El elemento de la jeneralidad consiste en la posibilidad, por otra parte predeterminada, de acciones i reacciones místicas comunes entre seres diferentes. El pensamiento lógico se encuentra en presencia de una escala de conceptos de jeneralidad variable, que facilita el análisis i la síntesis. La mentalidad prelógica está ocupada por representaciones colectivas, ligadas entre sí de tal modo que le dan el sentimiento de una sociedad en la que los seres obrarían i reobrarían sin interrupción unos sobre otros por sus propiedades misteriosas, para participarse o escluirse recíprocamente» (1).

(1) *Les fonctions mentales*, Lévy. Bruhl, 137.

Este carácter esencial que entraba en la constitución del pensamiento de las sociedades primitivas i bárbaras, debía imprimir necesariamente a la lengua que hablaban un modo particular de espresión, porque los diferentes pueblos emplean palabras que reflejan sus hábitos sociales i representan cualidades mui distintas. En unas lenguas el vocablo muestra la cosa sólo en sus contornos esternos, en otras éstos se revelan con exuberantes pormenores i matices o indican propiedades especiales de que carecen muchas. En algunas el concepto se espresa con dos o mas palabras, en otras con una sola. Además, en las colectividades de tipo inculto existían vocablos, frases i hasta un lenguaje entero con el distintivo de sagrado, intelijible sólo a determinados individuos.

La estructura de la frase es otra valla que separa a los idiomas cultos de los de agrupaciones humanas poco desarrolladas. Los primeros, con la forma de flexión, disponen de materiales sintáxicos que dan al pensamiento claridad, precisión, soltura extraordinaria, convenientes enlaces, condensación por el primor verbal o extensión para la enerjía de la idea. Las lenguas sintéticas, de contracción i accidentes gramaticales tan ricos, flexibles i complejos, son las que mejor llegan a la producción de obras acabadas en el sentido estético i lójico, de las ciencias, de la filosofía i la literatura.

Los idiomas aglutinantes de las unidades étnicas retrasadas, carecen o escasean de estos recursos lexicográficos i sintáxicos. Los de las agrupaciones americanas flaquean principalmente en la precisión, pues dominaba en ellos la confusión por la mezcla de ideas. El indio no discurría con precisión, por la su-

perabundancia de pormenores i la ausencia de cohesión.

El habla de los tipos étnicos de América no era filosófica como la de los pueblos europeos. Carecían de términos abstractos i jenerales o su caudal no pasaba de lo mínimo. Tomábanse las calificaciones morales de las sensaciones del gusto: un hombre bueno i un animal comestible i sabroso se designaban con la misma espresión (1).

Resalta en el estudio de estos idiomas la pobreza del vocabulario: faltaban muchísimas espresiones que abundan en los de flexión para espresar ideas que son vulgares a la mentalidad civilizada. Algunas familias de palabras bastaban para la espresión de las necesidades materiales de la vida cotidiana i familiar. En cambio de la ausencia de términos jenerales i abstractos, disponían de un acopio numeroso de palabras derivadas o formativas de las matrices para espresar detalles concretos de número, de situación, movimiento i otras circunstancias que las lenguas indo-europeas callan o dejan subentendidas. A esta prolijidad de pormenores se prestaban la abundancia de raíces verbales i la tendencia al amontonamiento de partículas de las lenguas aglutinantes.

Otros rasgos de estos idiomas: indijencia de adjetivos i extraordinaria variedad de dialectos, aunque no siempre distantes en estructura jeneral. Este fraccionamiento dialéctico se debía al aislamiento en que vivían los grupos i a su organización social.

En cuanto a sonidos, eran de una fónética ruda, llena de consonantes guturales, largas aglutinaciones i sílabas o espresiones repetidas hasta la saciedad.

(1) Letourneau, Sociología étnica, 581.

Las sociedades de mentalidad no desenvuelta, complementaban su lenguaje articulado con el de jestos i las onomatopeyas, con una amplitud que no se aviene a la movilidad de la cláusula i la riqueza del vocabulario de los idiomas flexionantes.

El araucano participaba de muchas de estas peculiaridades comunes al habla aglutinante. En primer lugar, su estructura es de una «estremada sencillez», al decir de especialistas que lo han estudiado con detenimiento.

Posee como el castellano categorías de nombres i los accidentes de jénero i número, pero que no se espresan de igual manera, puesto que el indio no se halla capacitado para el uso familiar i rápido de la abstracción o sea del pensamiento lójico i de su material.

Escaso ha sido su vocabulario en palabras abstractas i jenerales; indijente asimismo en el número de adjetivos; pero rico en la formación de vocablos por medio de afijos i prefijos.

Sus diferencias dialectales debieron ser en la antigüedad, por razones de mayor aislamiento, más pronunciadas que ahora; hoi son de limitada importancia.

Hasta la actualidad persiste entre nuestros indígenas el lenguaje onomatopéyico i el de jestos (1).

Para dar al lector una lijera noción de las particularidades fonéticas i de algunas gramaticales del idioma, nos atendremos a la opinión de los que tienen más autoridad en esta materia por su prepa-

(1) Datos al autor de indios viejos de Angol, que se reían de los del sur i de los andincs por sus variaciones fonéticas.

ración. Un autor de gramática moderna del araucano dice:

«LA PRONUNCIACIÓN

§ 1

Letras

<i>a</i> ,	<i>ch</i> ,	<i>d</i> ,	<i>e</i> ,	<i>ə</i> ,	<i>f</i> ,	<i>ŋ</i> ,	<i>l</i> ,
<i>k</i> ,	<i>l</i> ,	<i>l'</i> ,	<i>ll</i> ,	<i>m</i> ,	<i>n</i> ,	<i>n'</i> ,	<i>ñ</i> ,
<i>o</i> ,	<i>p</i> ,	<i>q</i> ,	<i>r</i> ,	<i>s</i> ,	<i>sh</i> ,	<i>t</i> ,	<i>tr</i> ,
	<i>u</i> ,	<i>w</i> ,	<i>u</i> ,	<i>(v)</i> ,	<i>y</i> .		

§ 2

Pronunciación de las letras que se distinguen del castellano

- d* — sonido intermedio entre la «d» i «z» castellana; v. gr.: *ad*.
- ə* — mui breve, algo más fuerte que la «e» muda del francés, que no hacemos aparecer en las terminaciones del verbo; v. gr.: *pəd*.
- ŋ* — la «ng» alemana o la «n» castellana en banco, blanco; v. gr.: *ane*.
- k* — en vez de «ca, co, cu, que, qui»: *ka, ko, ku, ke, ki* i *ke, ku*.
- l* — «l» pronunciada empeliendo la punta de la lengua hacia los dientes casi cerrados; v. gr.: *lan*, morir.
- ll* — la lengua^r por su parte ancha toca el paladar; v. gr.: *fill*.

- n.* — «n» pronunciada con la misma posición de la lengua que «l»; v. gr.: *n. amun.*
- ñ* — la lengua por su parte ancha toca el paladar; v. gr.: *iñ.*
- q* — es la «ii», escrita de este modo por su semejanza con una «g» mal pronunciada, en palabras como *naq, leg.*
- r* — mui suave, poco perceptible; v. gr.: *ruka.*
- sh* — «j» francesa en «jeune», «sch» alemana, pero más suave; v. gr.: *kushe.*
- tr* — la punta de la lengua se aprieta contra el paladar en la raíz de los dientes superiores, i se retira en seguida con violencia, formándose un sonido de «ch» mui fuerte, semejante al que cierta jente vulgar da p. ej. a la combinación «tri» en «trigo»; v. gr.: *traru.*
- w* — como «hu» en «hueso»; v. gr.: *wé.*
- ii* — la «ü» alemana o la «u» francesa en «une» se forma detrás de los dientes entre la lengua i el paladar, cuidando de mantener la lengua algo retirada i de no tocar con el extremo de ella en ninguna parte; v. gr.: *ül.*
- v* — bilabial con aspiración, en algunos parajes usada en lugar de «f».

§ 3

Sonidos que suelen sustituirse

- 1.º *o, u*
- 2.º *ə, ii*
- 3.º *d, sh, r*
- 4.º *t, ch, tr» (1).*

(1) **Gramática araucana**, del padre Augusta.

De otro autor mui bien preparado en el tema de la filología indígena tomamos la cita que va a continuación.

«El araucano antiguo poseía solo los sonidos que siguen:

1. Vocales *a e i o u ü* i una vocal sorda *ə*.
2. Consonantes ésplosivas *p t ch k* i el sonido particular *t'*.
3. Semi-vocales *w y q*.
4. Nasales *m n ñ ŋ*.
5. Fricativas *l h v d z*, i rara vez *zh*.

Las vocales *e-i*, *o-u* i las consonantes *t' ch-t' d-z'-hz*, *n-ñ*, *l-h* se truecan no rara vez.

Caracterizan pues a la lengua fuera de los sonidos particulares *ü*, *t' z'*, la ausencia de la *b*, *d*, *g*, i de la *f*, *sh*, *j*; ella tiene solamente 6 vocales i 18 consonantes, es decir, un tesoro fonético no mui rico. De suma importancia para la impresión acústica es que la lengua primitivamente parece haber admitido solo sílabas de una consonante más una o dos vocales, o con nasal final: las palabras no mui frecuentes con *z* (*r*) i *d*, finales parecen de formación secundaria.

La gran lei fonética que distingue los dialectos del araucano se debe a la tendencia de cambiar *v*, *d*, *zh*, *z'*, *l*, *h*, en *f*, *z*, *sh*, *s'*, *h'* es decir, de suprimir el sonido de la voz en todos los sonidos fricativos.

Esta tendencia ha atacado la *v* en todos los dialectos actuales, pero en la frontera norte está todavía la *v* al lado de la *f* i se pronuncia sin diferencia *təvá* o *təfá*. En pehuenche es regular, *f*, *z*, *sh*; *z'* está al lado de *s'*; entre los huilliches todos los sonidos son

casi siempre sin voz, solo la *l'* i la *h'*, ocurren todavía a menudo con voz» (1).

Sería tarea larga i ajena a este trabajo entrar a un minucioso estudio de los accidentes gramaticales de los dos idiomas. Los detalles a este respecto pueden consultarse en algunas de las gramáticas de las varias ya publicadas, particularmente las modernas, que están compuestas con un plan metódico i científico; las antiguas fueron concebidas en el molde de la nomenclatura latina (2). Para el fin que nos proponemos, baste saber que el habla castellana difiere sustancialmente de la de nuestros aborígenes (i al decir esto hacemos talvez una afirmación pueril), tanto en la morfología i en la fonética cuanto en numerosos caracteres propios de las lenguas de sociedades de tipo inferior o bárbaro, como la necesidad de espresar detalles concretos, las diversas variedades del plural i del jénero, la riqueza de formas i partículas verbales, la abundancia de sonidos imitativos i signos descriptivos, el poder sagrado de las palabras. En estos idiomas predomina el carácter gráfico i descriptivo en cambio de la precisión de las evolucionadas.

Deficientes en voces de acepción jeneral, suplíanlas con ciertos significados individuales que tomaban la misma extensión que aquéllas. Así, en algunas tribus americanas se decía «cuatro dedos» por el

(1) Rodolfo Lenz, Estudios aracaunos, páj. XXIII.

(2) La **Gramática araucana** por el capuchino frai Félix José de Augusta, alemán, i los interesantes trabajos sobre esta materia publicados por el filólogo de la misma nacionalidad don Rodolfo Lenz, al servicio de nuestro país desde hace como treinta años.

avestruz. El indio araucano empleaba muy a menudo estas designaciones para expresar las ideas generales. Por eso estos idiomas han sido llamados «concretos», en contraposición a los abstractos o los flexionales i analíticos, que se distinguen por su plétora de términos de significación general.

Olvidó, pues, don Alonso de Ercilla la lei, quizás desconocida en su tiempo, de que a mentalidades de tipos diferentes deben corresponder también lenguas de estructuras distintas. Los grupos sociales, sobre todo los que se hallan distanciados en civilización, tienen su manera propia de pensar i por consiguiente de hablar. Las palabras en lenguas diversas en muy pocos casos se sustituyen, ni menos la oración completa.

El lenguaje desempeña una función social, por cuanto se relaciona con las costumbres, las instituciones i los sentimientos de los grupos étnicos. Por esta causa, el significado de las palabras i la organización de la frase interpretan exactamente el pensamiento colectivo. Lenguaje i pensamiento forman un solo todo inseparable i homogéneo. El proceso psíquico i el filológico se realizan, pues, simultáneamente en el desenvolvimiento mental de las colectividades.

Como trascibió en todos los cantos de la epopeya una manera común de pensar para españoles i araucanos, tenía que hacerlos hablar, en consecuencia, en idénticas condiciones. Los indios no solamente usan el mismo lenguaje filosófico de los conquistadores, adecuado a la lógica o al raciocinio de nuestro idioma, sino que emplean expresiones sabias de cultura avanzada.

Los vocablos, como heños dicho de acuerdo con indagaciones recientes acerca de este particular, se apartan en muchos casos en su significación: en un idioma representan un concepto i en otro la acepción no guarda conformidad. Como las voces no están identificadas, no se concibe que se haya podido pensar sentir con ellas en dos lenguas de mentalidades enormemente diferenciadas, como la del español i la del araucano.

Además, el idioma de nuestros aborígenes tiene tendencia al pensamiento fragmentario, pues se desenvuelve en frases independientes, sin las conexiones de la subordinación. Son estas causas suficientes para alejarlo de las formas superiores del razonamiento i del corte literario refinado del español, de mayor cultura por el pueblo que lo habla. Las metáforas i en jeneral el lenguaje figurado del habla de Castilla, no encuentran fácil asimilación en los aborígenes.

La mayor parte de los indios americanos, entre ellos nuestro indijena, carecían de nociones astronómicas: no se preocupaban de la cúpula celeste, aunque conocían algunos planetas i sus movimientos; no tenían idea de los eclipses ni de los cometas, conocimientos que requieren un desarrollo intelectual avanzado.

Los araucanos particularizaban su atención al sol i la luna i reglaban las divisiones del tiempo únicamente por períodos de lunaciones. Sin embargo, don Alonso les asigna a veces conocimientos de astronomía i hasta de astrología, para la predicción de hechos terrenales.

Desde muchos años atrás vienen repitiendo los

textos de retórica i la crítica literaria que los poemas no son del gusto contemporáneo, que son fósiles reemplazados por otras producciones creadas por el ambiente moderno, menos maravillosas i más en consonancia con las exigencias febriles de la vida actual, como la novela, el diarismo i la revista. El lector de hoy apenas acepta la épica menor.

Pero si ese olvido es manifiesto tratándose de los poemas en jeneral, el rechazo resulta más terminante en lo que se refiere a los de indígenas de América. A pesar de lo admisible de la ficción épica, choca al espíritu crítico que domina en el día para juzgar las manifestaciones de la literatura, las ciencias i el arte, la acción ficticia de aquellos aborígenes con vestimenta de indios i decir de europeos. Esos poemas, i *La Araucana* el principal por su popularidad secular, presentan el estudio de los fenómenos psicológicos i el de los caracteres en una continuidad falsa i se elevan en un orden abstracto que estravia el juicio del lector no preparado i fatiga al especialista.

Sería un absurdo sostener que este poema debería estar compuesto en su totalidad o en parte con la expresión idiomática araucana. Lo que se quiere dejar establecido es que carece de todo valor filológico, pues no contiene ni siquiera algunas notas explicativas a los vocablos o jiros indios que correspondan de los del castellano. Se quiere dejar sentado igualmente que entre las diferencias mentales que separan tan profundamente a las dos razas hai que agregar la de las lenguas.

Usando de la flexibilidad i variaciones de tono del castellano, habría sido más conforme con la realidad dar al pensamiento indígena un jiro un tanto con-

creto, dentro de los límites de la estética, para establecer alguna diferencia con la abstracción de la lengua superior.

Tampoco reflejan el pensamiento indígena, como los poemas sin notas, las traducciones al araucano de pláticas, rezos i poesías de nuestra lengua. El indio no asimila bien las ideas i los términos que están fuera de su alcance intelectual; como se dice vulgarmente, no le entra. La trascripción de un idioma a otro, por analogía o contraste de significado, requiere el ejercicio de las asociaciones, que no son adaptables a la mentalidad del indio.

Más pormenores sobre la correlación entre la lengua i la función intelectual pueden consultarse en libros majistrales de filología i sociología, que penetran en lo íntimo del examen psíquico de los idiomas de razas alejadas en mentalidad.

(Continuará).
